

Sobre estos dos supuestos, analiza el profesor Lucas Verdú el concepto y función de las *fuerzas políticas*, dentro de la estructura del Estado contemporáneo. Entiende por *fuerza política*, lo siguiente: "toda formación social que intenta establecer, mantener o transformar el orden jurídico fundamental relativo a la organización y ejercicio del poder político según una interpretación ideológica de la sociedad" (p. 121). Dentro de este concepto amplio de fuerza política, se incluye, pues, los grupos de presión, los partidos políticos, los sindicatos. Ahora bien: si las fuerzas políticas existen y, como tal, funcionan con unos intereses dados, conviene plantearse dos preguntas: 1) Cuál es el proceso de integración de estas fuerzas políticas dentro del ordenamiento jurídico fundamental? y 2) ¿Cuál es la situación actual? A juicio del prof. Lucas Verdú, la integración de las fuerzas políticas puede realizarse por dos sistemas: a) la integración a través de las ideologías—integración estética, que va perdiendo vigencia, y b) la integración a través de la instauración de un cuadro institucional concreto; es decir, el Parlamento en las democracias liberales; y mediante el partido único, en los sistemas totalitarios.

La segunda pregunta tiene la respuesta siguiente: que es un hecho que existe una clara tendencia a que las fuerzas políticas—partidos políticos, grupos de presión y sindicatos—intentan quebrantar el orden constitucional, el orden jurídico fundamental del Estado. Termina señalando el prof. Lucas Verdú que todo teórico de la Ciencia Política debe analizar seriamente este peligro y fomentar, desde la perspectiva democrática, que es necesario instaurar el Estado social de Derecho y, desde el punto de vista internacional, vincularse a la integración europea social, política y económicamente.

R. MORODO

Corbett H. THIGPEN y Hervey M. CLECKLEY: *Las tres caras de Eva*. Prólogo de J. McV. Hunt. Editorial Ju-

ventud, S. A. Barcelona, 1958. 286 páginas.

Los trabajos que vienen realizando equipos de expertos en diversos órdenes de la ciencia—psiquiatría, psicología, sociología, economía, etcétera—, han dado lugar a un vigoroso progreso, que ha permitido en las últimas décadas el conocimiento, al menos más aproximado, de multitud de problemas científicos, difíciles siempre de resolver con el mero esfuerzo individual. Son, además, hasta una grata lección para quienes siguen mostrándose desdeñosos hacia la colaboración sincera entre los hombres de ciencia. El ejemplo de los doctores Corbett H. Thigpen y Hervey M. Cleckley no es único, por fortuna, en los Estados Unidos ni en otros muchos países—tal, el equipo de físicos rusos que ha recibido recientemente el Premio Nóbel—. Entre nosotros—dejando a un lado la modestia de las investigaciones que se llevan a cabo—, los ejemplos de Ferrán, Turró y Cajal siguen constituyendo la tónica. Hay excepciones, sin duda, pero habrá que referirlas al impacto americano—beneficioso, al menos en este orden de cosas—que recibe hoy la sociedad española. Las causas del individualismo científico descansan sobre motivos psicológicos muy enraizados en los pueblos que poseen una historia científica modesta—con permiso de don Marcelino Menéndez Pelayo—o tienen un escaso plantel de hombres de ciencia.

Los psiquiatras Thigpen y Cleckley, con su libro *Las tres caras de Eva*, han proyectado mucha luz sobre el viejo problema de la doble personalidad. Desde el siglo XIX la literatura médica recoge algunos casos clínicos referentes a manifestaciones de ambivalencia del "yo". En 1886 R. L. Stevenson publicó su famosa novela "El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde", que ha dado a conocer a millones de seres la contextura formal de aquella anomalía psíquica. La cinematografía—con "La madona de las siete lunas", por ejemplo—ha traído repetidamente sobre el tapete hechos análogos. En realidad, casos con-

trolados por los psiquiatras no ha habido muchos. Según Taylor y Martin, no pasaban en 1944 de setenta y seis. Antes de aquella centuria el problema era perfectamente desconocido por la ciencia y tan sólo se estimaba como un producto lógico de la influencia de fuerzas sobrenaturales, místicas o de simple brujería. El "poseo" en quien se practicaba el arte exorcístico, tan vano y absurdo, o los miles de seres desdichados que murieron en la hoguera por supuestas concomitancias o identificaciones con aquelarres y seres satánicos, eran pobres enfermos mentales—sin duda un poco más que sus perseguidores—que precisaban más de los cuidados de un médico inteligente que de las salmodias de feroces hechiceros místicos. Hay que convenir ya que se trataba de simples y terribles casos de disociación funcional de la conciencia, al margen, naturalmente, de toda disposición divina; es decir, de todo sentido de ley natural, frecuente o copiosa. Cuando hace más de cincuenta años Morton Prince presentaba al mundo su exhaustivo trabajo sobre la señorita Beauchamp, gran parte de los psiquiatras y psicoanalistas admitieron la existencia de ese fenómeno psicopatológico y dieron principio a una intensa labor en orden a su terapéutica.

A pesar de todo, el concepto de la "personalidad", base para una explicación de aquellas manifestaciones anárquicas e incontrolables por la conciencia, no se halla suficientemente esclarecido. Las teorías en este tipo de conocimientos se multiplican de manera prodigiosa. Pero en todas ellas hay, es cierto, un atisbo de verdad que permite determinar científicamente las causas de esa anomalía mental, o impide, si se prefiere, hacer descansar su existencia sobre la hipótesis de los trasgos e influencias diabólicas. Este es el criterio de los autores de "Las tres caras de Eva", quienes parecen inclinarse, en la búsqueda de un concepto científico de la personalidad, por la célebre doctrina que al respecto expuso, en 1926, el doctor William McDougall.

La aportación del psiquiatra inglés

McDougall descansa sobre una concepción mística de la personalidad humana. Esa personalidad, dice, se halla formada por una sociedad de mónadas. "que viven en cooperación armoniosa gracias a la integración de todas ellas en un organismo único". Cada mónada constituye una unidad pensante y activa. Sin embargo, el desarrollo funcional de todas ellas no es uniforme; por el contrario, existe entre las mónadas, debido precisamente a esa desigualdad del desarrollo, una verdadera jerarquía. A la cabeza de la asociación monádica se halla la unidad que es más compleja, la más perfecta, la que ha logrado un desarrollo superior. Esa mónada suprema es lo que cada hombre llama su "yo", y a ella están sometidas, como los poderes locales con respecto al central en una república, todas las mónadas que integran la personalidad. McDougall compara con un ejército en el campo de operaciones esa organización monádica que intuye. Los estímulos—comunicados o informaciones—que las unidades menos desarrolladas transmiten, a través de los diversos órdenes de la jerarquía, a la mónada suprema, o viceversa, los estímulos—órdenes—que ésta envía a las mónadas sucesivamente incomplejas, explican una gran parte de las disociaciones psíquicas que pueden padecer, sin llegar por ello al terreno patológico, muchos individuos. La leal cooperación en la ejecución de esos estímulos, constituye el estado normal de la personalidad humana. Mientras todos esos asociados o mónadas trabajen juntos, en armonía, el sistema se desenvuelve perfectamente. Hay como si dijéramos en todos ellos un anhelo de bien común. Pero cuando mengua la vigilancia de la mónada suprema, "en el sueño, la hipnosis, el descanso y la abstracción" los subordinados, o algunos de ellos, "continúan trabajando y pueden desplegar sus actividades en las formas que hemos dado en llamar automatismos motores y sensoriales". Si el "yo" es débil e irresoluto, si no hace frente a los problemas de la vida con la necesaria decisión, surge entonces el conflicto

entre los miembros de esa sociedad. La cooperación armónica se derrumba, el control del "yo" desaparece y uno o varios subordinados principian a ejecutar órdenes de su propia cosecha. Es cierto, escribía McDougall, que tal insubordinación puede ser indefinida, constituyendo una seria rivalidad entre la mónada gobernante y las contumaces, pero no puede negarse la posibilidad de un nuevo reajuste o sometimiento. Utilizando esta hipótesis lógica, que su autor vigoriza con numerosos ejemplos y las conclusiones del libro de Morton Prince, los psiquiatras Thigpen y Cleckley explican el caso clínico que tuvieron la oportunidad de tratar.

El caso de la señora Eva White fué presentado por los autores ante varias asociaciones psiquiátricas, que lo valoraron con gran cautela. Más tarde una buena parte de su desarrollo fué recogido en el "Journal of Abnormal and Social Psychology", y, finalmente, se condensó la experiencia y el desenlace de este libro. El lector se figurará tener entre manos una sugerente novela de "literatura negra". En parte, la dificultad del tema ha sido salvada merced a la simpatía y donaire con que ha sido expuesto el asunto. Se trata de un problema de personalidad tríplice, que padece la señora White, hija de unos modestos granjeros norteamericanos. Los psiquiatras autores de este libro fueron visitados hace algunos años por la señora Eva White, quien se vió obligada a dar este paso ante las terribles jaquecas que padecía. El hecho en sí no fué estimado por el médico local ni por los alienistas como un caso extraordinario. Dos años de labor clínica reiterada permitieron conocer a los doctores Thigpen y Cleckley las "tres caras" de su paciente, personalidades con psicología distinta y distintas querencias y gustos: la señora Eva White, casada y madre de la pequeña Bonnie, la señorita Eva Black y la señorita Jane. Después de la paciente búsqueda de los orígenes de esta anomalía psíquica, a los que se llega tras el esfuerzo y colaboración de ilustres psiquiatras y psicólogos, reaparece la

personalidad integral o el dominio de la mónada suprema. El libro merece toda nuestra atención, en caunto que es, sin duda, la versión más científica que hasta la fecha se ha realizado sobre un problema tan terrible y desolador no sólo para quienes la padecen, sino incluso para quienes meditan sobre él.

FERMIN SOLANA PREILIZO

Carlos P. Rómulo. *El mensaje de Bandung*. Traducción de C. Díaz Andres. Editorial Hispano-Europea. Barcelona, 1957. 108 páginas.

Desde el 18 al 24 de abril de 1955, como es sabido, tuvo lugar, en la ciudad de Bandung (Indonesia), una sorprendente Conferencia internacional, en la que participaron hasta veintinueve representaciones de países asiáticos y africanos. Sin duda, ha sido este el suceso de política mundial más importante de los últimos años; y ello no por lo que desde el punto de vista práctico se haya logrado, sino por el hecho insólito de que los delegados gubernamentales afro-asiáticos se reunieran a pesar de sus ideologías, sus convicciones contrapuestas y los compromisos que muchos de ellos tenían contraídos con las potencias o bloques internacionales actualmente en tensión. Es cierto que la historia más reciente recuerda numerosas reuniones interestatales análogas a la de Bandung; pero el acontecimiento de 1955 estaba estructurado por características y condiciones muy especiales. La Conferencia Afro-Asiática nació en un momento histórico escasamente propicio para la inteligencia sincera en los tratos diplomáticos, agrupó por unos días a los delegados de pueblos con una experiencia política limitada y fué posible a pesar de que no existió, por lo menos al principio, una idea clara y concreta de los temas a tratar. Durante el desarrollo de la reunión no se intentó de ninguna manera elaborar un convenio multilateral que viniese a ser, poco más o menos, una solución viable de los graves y angustiosos problemas que